



DE ISMENIA.

Verdadera y muy curiosa relacion, en la cual se refiere y declara la suntuosa embajada que de parte de su hermana la princesa Ismenia envió el gran turco Osman á Felipe Segundo, Rey Católico de España: dase cuenta de la acertada respuesta que se le volvió, que no siendo del agrado de la Princesa, vino á entristecerla de modo que la causó un desesperado fin.

Ismenia aquella Otomana,
 hija del primer planeta,
 que en el imperio Otomano
 fijó la basa primera:
 protectora de Mahonia,
 emperatriz de sus tierras,
 primogénita de Osman,
 que en Constantinopla reina;

carroza de la fortuna,
 reina de todas las ciencias,
 lucero de la Turquía,
 cuyo nombre reverencian
 los que el alcorán aprenden,
 mirándola cual maestra,
 y como á diosa la adoran
 los mártires de su secta:

Venus en las perfecciones,
Palas en la gentileza,
Juno en la soberanía,
en la discrecion Minerva,
en la magestad Diana,
y en atractivos Helena:
aunque de imperios señora,
Amor, le tiró una flecha,
que como es rapiz Cupido,
á nadie su arpon respeta.
Y fue, que informó un cautivo
á la hermosísima Ismenia
de la galá y bizarría,
y del valor de su Alteza
el Señor Don Juan de Austria,
de quien ya tenia nuevas.
Con un informe tan bueno,
ciega su honor atropella,
siendo el amor en su pecho
un bolcan que la atormenta,
viviendo tan sin sosiego,
que teme su muerte cierta
si no llega á declararse;
y asi á su hermano dió cuenta
del estado en que se halla
con su amante, pasion ciega.
Osman que tanto la estima,
envía, por complacerla,
un Embajador á España
con magestad y grandeza,
con un pliego para el Rey,
que dice de esta manera:
O Rey Felipe Segundo,
Señor de toda la esfera,
cuyos soberbios leones
amenazan mis banderas:
salud, porque el grande Alá
te guarde de mi soberbia.
Sabes que informado he sido,
como de jasto te precias,

y te guardan el decoro
muchos Reyes de la tierra.
Yo procuro tu amistad,
si la admites y conservas,
te prometo dar á Francia,
á la Holanda é Inglaterra:
te daré treinta millones
de plata y oro en monedas:
te pondré treinta mil turcos,
que te guarden las fronteras:
te enviaré doscientas naves,
que en tus puertos se mantengan
para cuando necesites
ponerlas en tu defensa:
te daré la Casa Santa,
prenda que tanto deseas,
y te haré dueño del mundo,
dios soberano en la tierra.
Y para que en lazo estrecho
esta amistad verdadera
se prospere para siempre,
pide mi hermana la Reina
Ismenia, flor de hermosura,
que el de Austria case con ella,
por estar aficionada
á su valor y grandeza.
Mi hermana lo solicita,
yo te lo ruego de veras,
suplicaselo á tu hermano,
y envíame la respuesta.
Advierte que soy Osman,
y si enarbolo banderas,
al sol volveré en cenizas,
y á toda España en pavesas.
Con esto despachó el pliego,
y llegando con presteza
á la corte de Felipe,
claro espejo de prudencia,
viendo arrogancias tan locas,
responde de esta manera.

RESPUESTA

DEL REY FELIPE SEGUNDO

AL GRAN SULTAN.

A tí, gran Osman Muley,
señor de todas tus tierras,
que la Magestad divina
te pedirá estrecha cuenta.
Me avisas, como tu hermana,
que vive de amores ciega,
quiere casar con mi hermano;
mórate allá, que tu secta
no la puedo ver pintada,
porque mi ley me lo ordena.
Dices, mi amistad procuras;
me rio de tu soberbia,
y si quieres oro y plata,
yo te empedraré tus tierras.
Dices, me darás á Francia,
á la Holanda é Inglaterra;
guarda tú bien tu corona,
que tengo gana de verla.
Dices, me darás bajeles,
y gente armada de guerra;
tengo yo mas españoles,
que tú africanas banderas.
Dices de la Casa Santa,
que deseo mucho haberla;
Dios querrá que en algun tiempo
te derribe la de Meca.
Duerme sobre tu corona,
y mira donde te acuestas,
que tengo algunas leones,
que me han dicho que lo sueñan.
Mi hermano á tí no te estima,
ni á tu hermana ver desea,

porque siguiendo tu ley,
no puede casar con ella.
Yo no estimo tu arrogancia,
tus dádivas ni promesas,
pues sabes que soy Felipe
de Austria por mar y por tierra,
y me crió el alto cielo
para rendir fortalezas.
Con esto Alá que te guarde
á tí y á tu hermana Ismenia;
y si acaso te enojares,
me enviarás la respuesta,
que ya prevengo la armada,
y un egército por tierra.
Con esto despachó el pliego,
el cual con gran diligencia
llegó al palacio del turco,
y luego lo tomó Ismenia.
Mas viendo las arrogancias,
y lo que dá por respuesta,
no hay desatada leona,
y no hay pisada culebra,
no hay loba llena de rabia,
ni tigre de mas soberbia
que con ella se compare;
se escupe, araña y pateo.
Manda prevenir su armada,
que ha de llevarle las nuevas
al de Austria, cómo su amor
le paga de esta manera.
Ya se encierra en una sala,
se quita luna y cimera,

todo por tierra lo arroja,
y suspirando se queja.
Se viste jaco y marlota,
turbante, adarga y testera,
una soberbia celada,
una cimitarra fiera;
y mirándose á un espejo,
ha dicho de esta manera:
yo soy Ismenia Otomana?
yo soy reina de la ciencia?
yo soy luz de la Turquía,
y del imperio cabeza?
yo soy madre del amor?
yo soy la que en hora y media
fabriqué la Babilonia
con sus torres muy soberbias?
pues cómo yo no me mato?
cómo España vive y reina?
Juro por el gran Mahoma,
cuya ley tantos veneran,
que no ha de quedar cogollo
de España en todas las tierras,
que de mi furor se escape,
que no lo abrasen mis fuerzas,
Al de Austria.... pero qué digo,
que ya no puede mi lengua
relatar estas palabras,
porque la pasión me ciega,
porque su ley ya me abrasa,
porque su amor me atropella:
y de mi amado enemigo,
en tan terribles finezas,
muero solo de pensar
que un cristiano me desprecia.
Manda que la dejen sola
sus criadas y doncellas:
se desnuda de las armas,

diciendo de esta manera:
los que leyeren mi historia,
que muero, sabrán por ella,
por querer guardar mi ley,
como el alcorán lo ordena,
dijo: y con su cimitarra
picando sangre á sus venas,
en el cándido alabastro
dejó escrito de su letra:
aquí dió fin la que fue
admiración de la tierra,
asombro de las beldades,
en discreción la primera,
á quien á voces la fama
llama la Otomana Regia;
la que entre africanas tropas
mostró su valor y fuerzas;
la que fue de las mugeres
el crédito y escelencia,
y murió de amor rendida,
que es el que todo lo impera.
Cayó difunta en la sala,
y cuando buscarla acuerdan,
la hallaron yerto cadáver,
y al ver tan trágica escena,
quedan todos en palacio
sin vez, sin alma y sin lengua.
Todos se admiran que tanto
dominar el amor pueda,
que acabase con la vida
de tan soberana Reina.
Causa á su hermano gran llanto,
toda la corte se altera
á vista de tal desgracia,
que presta á la fama lenguas;
con lo que se finaliza
la infausta historia de Ismenia.

FIN.